

Ejemplo del perfecto mimetismo esta “callejuela sin salía”, de flores, sombras de estrechez y Copla, convertida desde los años 50 en parte casi imprescindible del recorrido paisajístico de la ciudad. Espacio vecinal, intimista y oculto a los ojos del viajero hasta la llegada del alcalde Antonio Cruz-Conde y sus ideas de expansión y proyección de Córdoba como destino turístico. Flores, balcones, capiteles añejos de avispero y paredes blancas son su identidad hacia el camino a la pequeña plaza, donde reina la fuente sencilla y el silencio, roto tan sólo por el suave sonido del agua. Esa nota cristalina arrancada en su pulso exacto, mantiene el sentido de la música que los habitantes de al-Ándalus ponían de fondo en sus patios.

En torno a la plaza, las puertas abiertas, las macetas y las enredaderas colgando por entre las rejas, sumergen en el mundo onírico de las leyendas y cuentos orientales.

En la Calleja de las Flores hay que oler los aromas a vino y a las joyas de los cordobanes que nos legó la saga de los López Obrero, y hay que detenerse luego, al final, para guardar el respeto debido al silencio y la recreación en el limonero y la cal, en las piedras al sol o bajo la humedad de la noche y esperar, sin prisas, la impresionante visión de la torre de la Catedral que guarda el alminar, para grabar en la retina y en el corazón la estampa de la calleja salpicada de verde abrazando el campanario.

(Matilde Cabello)

Calleja de las Flores

¿Qué pinta algo tan recto si la regla
es áspid, arabesco, que te inciten
a tomar cualquier rumbo, convenciéndote
de que extraviarse es ir con parsimonia
y sin coste de tiempo hacia la meta?

No averiguarlo,
entrar al taller a oler el cuero:
la tienda es biblioteca de sorpresas,
un grito de *horror vacui*, un laberinto,
de estancias, patios, fuentes y otra calle
que conviene olvidar, para volver

sobre los propios pasos, retornando
al mismo callejón y proseguir.
Al fondo no hay salida. Bien está.

De día y con turistas no es tan neto
como tras caer la noche
el fraseo del agua, que aún demora
el rito de situarse exactamente
donde quiso sagaz el alarife,
para encajar la torre entre geranios.

(Bernd Dietz)

35.- CALLE DEL PAÑUELO



Cruzar un blanco ángulo, adentrarse en la bóveda húmeda del tiempo de las callejas mínimas y el agua, lo mismo que una cítara que sólo sabe ponerle voz a ritmos lentos. Calleja del Pañuelo, de la medida exacta entre esquina y esquina, origen de su nombre. Callejón de la piedra, del arco y el ladrillo en la ventana, de los postigos pequeños perforados, vetustos e inocentes a la vez; la de los arriates encalados que dan vida al azahar y a la dama de noche.

La Plaza de la Concha, su portada noble y el majestuoso zaguán son el contrapunto a la entrada de este espacio puro e intacto, sorprendente, presidido por una columna y sembrado de enchinado cordobés. Al fondo del pequeño laberinto que es la calleja, aparece la plaza diminuta y siempre fresca, aromada de cuando en cuando por la flor de azahar. Adentrarse aquí produce sensación de invasión, violación de la intimidad más honda y lejana de los habitantes de Córdoba, cuya presencia parece palpase saliendo de las puertas moriscas, sentados sobre los umbrales o nutriéndose de la humilde fuente que susurra sobre el medio brocal árabe, medianero entre la calle y la intimidad que esconden los pañuelos y las celosías

(Matilde Cabello)

La Plaza de los Rincones de Oro

El oro alquimia el pañuelo con hilos de sal
y flor maravedí. Tuerce la voluntad
blanca sobre blanco. Luego, el eco
sigue recto y corta el fuste
en su mitad.

Pide identidad en pago
y veinte losas de fianza

Más tarde, las conchas puntiagudan los pasos
oliendo la arboleda. Al azaharse el candil
habla el naranjo y hace un acertijo.

Los arcos guardan la respuesta
que fluye del río hasta la fuente

(Francisco Alemán)